

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy tiene sabor especial llamarnos “hermanos”, junto a este altar de nuestra bella Iglesia Catedral. Somos hermanos. Corred la voz. Nos hizo hermanos el Bautismo. Jesús nos puso este nombre y, en la noche santa, que estamos “recordando” y reviviendo, mientras cenaba, nos dijo también: Esto os mando: Que os queráis. Amaos de corazón, como yo os he amado. Como os lo hace patente la Eucaristía y la Cruz. Amaos sin distinción. Esta es la señal que declarará sin equívocos que sois discípulos míos.

Como hermanos tenemos el corazón abierto. En esta noche celebramos con Jesús acontecimientos imborrables. Él cena hoy con nosotros, que revivimos aquel momento. Y nos alegra saber que en todos los rincones del mundo, cuando llegan estas horas de la tarde, millares de cenas se sirven con el Señor. Nos unimos, pues, a todos los hermanos creyentes en Jesús. Y empieza nuestro recuerdo expreso por el Santo Padre. Le enviamos nuestra oración y la manifestación de la comunión de nuestra Iglesia Diocesana con él y con la Iglesia Universal de Jesús. Y desde esta Iglesia Catedral saludamos a todas las comunidades de nuestra Iglesia Diocesana, y a cuantos nos acompañan de otras Diócesis.

Me atrevo a pedir os mayor atención, más profundo recogimiento, en este Jueves Santo, en el año de la Eucaristía. Es tarde de agradecimiento prolongado y profundo, de adoración serena, de acogida de lo que con nosotros Jesús va a vivir, a entregarnos y a encomendarnos. Que ningún detalle se nos pierda.

Es, además, el año de la Inmaculada. En cada Eucaristía está presente Santa María, porque el Cuerpo verdadero que adoramos y comemos nació de María Virgen. Es cierto, la Virgen madre preparó desde la concepción la Eucaristía. María amasó el Pan en la artesa de su seno y de su vida.

Los judíos recordaban en la Pascua una extraordinaria hazaña de liberación. La hemos escuchado en la primera lectura. Había un cordero, pan ácimo, y sangre en las puertas. S. Pablo, como ha recogido de la tradición de las comunidades, recuerda con fuerza y con detalles que Jesús va a hacer nueva la cena, nueva la Pascua, nueva la alianza. El cordero será Él. El pan, su Cuerpo partido y roto. La sangre, la suya derramada por los hombres, por el mundo entero.

Con vosotros, queridos hermanos, de la incalculable luz y riqueza de esta noche que vivimos ahora, recojo un hecho: Se entregó. Un mandato: Haced esto. Una oración: Quédate con nosotros.

1.- *Jesús se entregó*

Jesús se entregó en la noche misma en que Judas lo vendía a traición y lo entregaba. Espontáneamente se presentó Judas a los jefes judíos. Es indigna la propuesta: ¿Qué estáis dispuestos a darme y os lo entrego? (Mt 25,15). Fueron treinta monedas. “Mercader pésimo”, lo llama la Liturgia.

Comenzó la cena con el dolor amargo de la traición. “Uno precisamente de vosotros me va a entregar”. Y las horas de la Pasión son una sucesión de entregas vergonzantes.

Judas lo entregó a los jefes judíos. Estos lo entregaron a la guardia del templo, para que se divirtieran. Luego lo entregaron a Pilato. Pilato lo entregó a los soldados, primero, y luego lo entregó al Centurión y al piquete de la ejecución. Así de mano en mano.

Anotadlo en esta noche de traiciones, Jesús se entregó a sus enemigos. Esta es la respuesta de Jesús. Él mismo se entregó por propia voluntad a todos nosotros.

En realidad, fue el Padre quien nos lo entregó primero, y ya comprendéis el sentido de esta entrega. El Padre que perdonó la vida del hijo de Abrahán, “a su propio Hijo no lo perdonó, sino que lo entregó por nosotros” (Rom 8,32), dice admirado S. Pablo.

En la cena Jesús se entregó. Una vida entregada define a Jesús. Su entrega produce un río de bien incalculable. Arranca el pecado. Renace la vida nueva. Nace la Iglesia.

- Se entregó primero *a la Iglesia*. Se puso en manos de la Iglesia. Le confió la Eucaristía. Hasta se puso a sus pies. Para que la Iglesia, también nuestra comunidad esta tarde, anuncie a todos nuestros hermanos que esta entrega es por todos y para todos, porque nos confió celebrarlo y anunciarlo.

Entregó con la Eucaristía, el sacramento del orden, que perpetúa la Eucaristía. Nos entregó y encargó el mandamiento del amor, que se vive en cada Eucaristía. Y entregó a la Iglesia la toalla y la palangana con agua.

- Se entregó *totalmente*. S. Agustín hace este comentario extraordinario: “¿Quién dudará que el Señor pueda dejar de dar su vida a los santos, si Él mismo les entregó su muerte? ¿Por qué vacila todavía la fragilidad humana en creer que un día será realidad el que los hombres vivan con Dios?

Lo que ya se ha realizado es mucho más increíble: Dios ha muerto por los hombres” (S. Agustín, oficio de lecturas del Lunes Santo).

Lo más increíble ya se ha realizado, primero en aquella mesa en una sala prestada. Unas horas más tarde, en la cruz.

Totalmente es “hasta la muerte y una muerte de cruz”. Eso es llegar hasta el extremo. Amó todo lo que se puede amar. Amó a lo divino.

Su muerte fue voluntariamente aceptada, porque nadie le quitaba la vida, porque era Señor y dueño de su vida.

- Vamos a escuchar con atención suma y a vivir con gozo y con sorpresa: *“Esto es mi Cuerpo, que se entrega por vosotros”*. Oídllo bien, porque de esta entrega, por la Eucaristía comienza la vida de la Iglesia, de nuestra Iglesia. En Pentecostés se manifestará, pero en la mesa de la cena la Iglesia empieza a vivir. Y en dos mil años, la Iglesia nunca ha dejado de celebrar la Eucaristía. Es verdadera la afirmación de nuestra fe: La Iglesia vive de la Eucaristía. Siempre es año de la Eucaristía, “corazón de la Iglesia”.

Produce, por eso, enorme tristeza comprobar que existen creyentes que no celebran la Eucaristía. ¿Quién les ha dicho que viven, si no se sientan a la mesa de la Vida, o si no lo hacen debidamente?

Comed. Comed, decía Jesús a tantos anoréxicos suicidas. Y le llama “Pan de Vida”. Jesús llenó de este Pan de Vida la mesa de la Iglesia. Es abundante y no se acaba. Lo come uno, lo comen mil, y nunca falta.

2.- *Haced esto en memoria mía*

Queridos hermanos:

Esta tarde la conversación debería ser sin prisas. Es grande lo que vivimos. La sobremesa fue de varias horas, nos cuenta S. Juan. Jesús, después de entregarse, abrió de par en par, su corazón.

- *Haced esto* fue el encargo. Y os sugiero algunas indicaciones: Romped el pan y derramad mi sangre sobre vosotros, sobre todos los hombres. Ofreced este sacrificio. Hacedlo cada día y en cada rincón del mundo. Partid mi Cuerpo, pero aunad la humanidad.

Porque nosotros hemos roto el mundo. Hemos hecho cantones. Hoy hay guerras de las que no se habla. El mundo dolorosamente está hoy muy roto.

Y está rota la familia. Se rompe con facilidad algo que el mismo Dios creó. Están rotos muchos pueblos y nuestra sociedad. Los odios hacen añicos. Qué empeño en romper.

Lo digo con mucho dolor: Pero están rotas también muchas de nuestras comunidades. Rotas por desconocimiento o por rivalidades, por protagonismos, por bandos.

Partid mi Cuerpo. Para que nazca la caridad y sea vínculo de unidad. Porque el pan es uno (1Cor 10,7), porque ya no hay judíos, extranjeros o inmigrantes (Cf Gal 3,28), porque Jesús ha pedido que seamos uno (Jn 17, 21.23)..

Haced esto. Haced la unidad. “Reúne, Señor, a tus hijos dispersos por el mundo”.

- *Haced esto*: Es decir, poned a amar. Amad. Cabe en una línea su mandamiento. Si Dios es amor, Jesús nos propone hacer lo que tenemos de hijos de Dios: Amar. Comenta de nuevo de S. Agustín: “El Señor, hermanos muy amados, quiso dejar bien claro en qué consiste aquella plenitud del amor con que debemos amarnos mutuamente, cuando dijo: *“Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos”*. Y concluye con S. Juan: *“También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos”*, amándonos como Él nos amó. Se nos invita a “mirar bien lo que nos ponen delante” en esta cena, porque algo semejante debemos preparar nosotros” (S. Agustín, oficio de lecturas, miércoles Santo). Que se diga de nosotros: La Iglesia amaba. Amaba al mundo. Amaba a los que la rechazaban.

Es verdad que Jesús ha puesto adjetivos a su amor. Es amor de gracia, gratuito; es amor misericordioso y de perdón; es amor no excluyente, que busca a los pecadores; es misericordioso, es amor universal; es amor humilde. Se puso de rodillas y no fue para que le hicieran la fotografía. Es que el amor verdadero, desde Jesús, es amor de servicio.

Haced esto: Amar.

- Por eso nos dijo también: *Haced esto*: “Lavaos los pies”. Lavar los pies hace Iglesia. Lavar los pies no es un añadido a la Eucaristía. No es Eucaristía de Jesús la que no lava los pies. Por eso la Eucaristía no termina en el templo. Jesús encargó a la Iglesia lavar los pies, como le encargó que fuera buena samaritana. Somos nosotros esa Iglesia. Hermosa tarea, necesaria.

Quiero saludar a todos los grupos de Cáritas. Quiero agradecer a todos los servidores de la Caridad.

Haced esto: Servir

Nosotros somos su Iglesia y hacemos la Eucaristía. Este es la mesa que cambia el corazón del hombre y del mundo. En ella hay amor que es unir, hay amor que es servicio. Es lo que hizo Jesús desde que nació: Unir, amar y servir. Amar sirviendo. “En todo amar y servir”, decía S. Ignacio.

3.- *Quédate con nosotros*

Te estamos recordando, Señor. Hacemos memoria de Ti hasta que vuelvas. Te sabemos presente y nos llena de gozo y de esperanza.

Hemos visto tus gestos sinceros, Señor. Nos has amado hasta el final. Te damos gracias.

Nos has entregado la Eucaristía y la pones en nuestras manos pobres. La Eucaristía eres Tú mismo, Pan partido hoy, recién cocido y roto, y es tu Sangre derramada. La Eucaristía es darte gracias.

Nos has abierto tu corazón y el secreto hondo y sencillo de tu vida. Amar y servir. Nos mandas amar, como Tú antes nos has amado, y así prolongas en nosotros, en tu Iglesia.

Quédate con nosotros. Sabes que nos puede, a veces, el cansancio y el egoísmo. No servimos siempre. Y nos cuesta lavar los pies. No nos alimentamos sólo de ti, sino que buscamos otros panes. No acertamos a anunciar con fuerza tu muerte, tu amor y a proclamar tu Resurrección a nuestros hermanos, los hombres; los pobres no siempre nos ven como amigos y servidores.

Muchas veces no amamos a los alejados y a los que nos critican o nos rechazan o nos hacen mal, y los condenamos.

En cuántas ocasiones no somos buenos samaritanos; damos rodeos y hay cunetas llenas de malheridos.

Quédate con nosotros en estos momentos dolorosos y esperanzados. Quédate en nuestra Iglesia de Orihuela-Alicante. Quédate y no te separes. Es año de Eucaristía, de estar con nosotros. Señor, somos tu Iglesia. Haznos más fuertemente tu Iglesia.

Quédate, te amamos, Señor, y te necesitamos. Pártenos ahora tu Pan, explícanos tu Palabra. Quédate.